

# UNA SOCIEDAD EN RED

*POR ANA LAURA BANECA VILLARRUEL DE ARGENTINA*

Hace un tiempo atrás, en la octava década del siglo pasado, un filósofo y sociólogo francés se arriesgó a denunciar el creciente tono individualista de nuestras relaciones sociales. Atravesada por la aparición de las nuevas tecnologías de la información y las comunicaciones, la humanidad de los 80 manifestaba tendencias que hoy son cotidianas.

Series y películas on demand, comunicación instantánea, medios de transporte masificados y, aún más profundamente, hábitos de hiperconsumismo, se instalaron en las sociedades capitalistas occidentales. No sólo cambiaron las formas de consumir, de senti-pensar y de habitar las comunidades; cambiaron rotundamente nuestras formas de relacionarnos.

Aquél filósofo y sociólogo, apellidado Lipovetsky, describió bajo el nombre “narcicismo colectivo” a la tendencia que como individuos habíamos adquirido a relacionarnos sólo con aquello que nos representa (o creemos representar). Como investigadora social, no me sorprende que una ciencia humana se adelantara unas cuatro décadas a lo que la neurociencia hoy ha denominado “cámaras de eco”.

Puede sonar irónico que en la era de las comunicaciones hablemos de una paradoja de la conexión: hemos exacerbado a tal punto nuestro individualismo que el yo se ha vuelto el centro de nuestras cosmovisiones. Digo cosmovisiones porque afirmar esta suerte de “singulacentrismo” es afirmar que hay tantas formas de comprender la realidad como individuos sobre la tierra.

¿Qué implica esta afirmación, a nivel biológico - filosófico? Por lo biológico, y en palabras de Pedro Bekinschtein, el individuo contemporáneo se regocija en formar un círculo íntimo para el cual una pertenencia está determinada por el sesgo de confirmación. Todo aquello que nos provoque una disonancia cognitiva será automáticamente percibido como dañino, y probablemente expulsado de dicho círculo.

En términos filosóficos, implica una fragmentación nunca antes abordada como tal. La sociedad no se autopercebe ya ni partidista ni facciosa, sino asombrosamente singular. La irreductibilidad del yo se ha vuelto el fundamento último de cualquier sinergia colectiva que pueda pensarse.

Esto nos lleva a otra pregunta, a mi parecer fundamental. ¿A dónde nos lleva, como sociedades mundiales, este “singulacentrismo”? A mi parecer, la gravedad de este modelo hiper-individualista no radica en una paradoja sino en una dicotomía.

Afirmamos continuamente que las causas que defendemos son superiores al hecho individual y, sin embargo, nos vemos privados de poder construir soluciones colectivas. La lógica del pensamiento lo indica: no se puede aspirar a lo individual y lo colectivo a la vez. Si lo uno es lo contrario a lo otro, si A no puede ser a la vez B, entonces tendremos que elegir.

La falacia del pensamiento posmoderno, en general, es afirmar que existe un individuo por fuera - o mejor dicho, por encima de la sociedad. La persona, en singular, existe tan solo como objeto de estudio de toda una serie de disciplinas. Sin embargo, pensar a un individuo aislado de un contexto social es severamente irreal. Nuestra característica de humanidad es siempre social, verdad que desde el siglo V a. C. se mantiene incólume.

El nacionalismo xenófobo, el sectarismo, la apatía, la profundización de las microdesigualdades; son consecuencias de un modelo de sociabilidad que promueve la importancia del algoritmo de la big data por sobre el desarrollo interpersonal. El prefijo inter nos indica allí que la igualdad del hecho de ser lo mismo prima por sobre la diferencia de manifestarnos distintos y distintas.

¿No es acaso pretencioso hablar entonces de una elección entre lo individual y lo colectivo? Efectivamente, no elegimos pertenecer a un modo de sociabilidad, y naturalmente no elegimos nacer en sociedades capitalistas, hiperconsumistas y radicalizadas.

No elegimos reproducir una serie de conductas, como mirar en una red social unas hermosas zapatillas rojas que llevarán a que la publicidad segmentada del algoritmo nos muestre anuncios de zapatillas rojas por todo un mes. Lo que si elegimos, porque lo entendemos, es de qué modo nos relacionamos con lo distinto, con lo otro, con los otros.

El concepto de otredad le ha quitado el sueño a los pensadores y pensadoras en más de una ocasión. Xenofobia, racismo, misoginia, son todos ellos conceptos derivados de entender la alteridad como un valor negativo. Democracia participativa, networking, comunitarismo, son todos conceptos surgidos de la comprensión de la alteridad como un valor positivo.

Cuando Judith Butler escribió “Cuerpos aliados y lucha política” nos regaló una enseñanza maravillosa. En esta época teñida de odio al otro por su forma de pensar, es necesario recordar que aquel que no soy yo no solamente piensa, sino que habita. El cuerpo, como expresión empírica del ser, nos permite la interacción. Inter - acción, es decir la acción conjunta que vuelve a poner en el centro a la igualdad que nos caracteriza.

Entender íntegramente al otro implica entonces reencontrarnos en lo interpersonal, poniendo especial atención no solamente a la forma de pensar sino a la forma de vivir. Que surjan la democracia participativa, el networking o el comunitarismo no depende de quien ha logrado nombrar una realidad, sino de quienes han habitado la realidad que estos conceptos describen. Lo que construimos con palabras debe ser también construido materialmente.

Propongo un paso consciente del “singulacentrismo” al “altercentrismo”. Hay una fuerte carga de voluntad mediando en qué significa para nosotros la otredad, si lo distinto es valorativamente bueno o malo. Si las sociedades actuales se representan virtualmente conectadas, pero se encuentran realmente desconectadas, la transformación vendrá con la manera en que elijamos interconectarnos. Vendrá con la manera en la que decidamos habitar nuestro espacio social, más que en cómo lo teorizamos.

Si damos lugar a la valoración positiva de lo distinto como centro de nuestras acciones, superaremos entonces la dicotomía individuo - colectivo. Dejaremos de representar vacíamente nuestras diferencias para habitarlas, vivirlas, y desde esa vivencia dar el lugar a la interconexión, a lo interpersonal. La acción conjunta, o interacción, nos permitirá reencontrarnos y cimentar una nueva sociabilidad, la que nos lleve a los consensos básicos para causas verdaderamente comunes.

Nos resta el desafío ya no de sabernos parte de este cuestionamiento, porque lo sabemos. Lo sabemos neurocientíficamente, filosóficamente; ahora es necesario vivir con ello, desde ello, para ello.